

Revoluciones africanas

¿Un camino hacia la democracia?

Desde 1989 hasta hoy, la atención del mundo entero ha estado prácticamente acaparada por los acontecimientos del Este de Europa. La magnitud de estos acontecimientos ha impedido a la opinión seguir con el interés que se merecían los profundos cambios que se están produciendo en el continente africano desde ese mismo año 1989. El autor constata el nuevo mosaico de la realidad africana tras el último bienio, analiza las causas que lo han provocado y avanza unas conclusiones sobre su estabilidad.

Juan Antonio Irazábal *

EN menos de dos años, el paisaje político africano ha dado un auténtico vuelco. Una veintena de Estados han adoptado constituciones pluralistas y han organizado elecciones. Otros diez se preparan a hacerlo. Unos veinte regímenes se encuentran amenazados por una oposición beligerante. En quince Estados, desde Benin hasta el mismo Zaire de Mobutu, la oposición ha impuesto la celebración de una «Conferencia Nacional». Ocho dictadores han sido destituidos y

* Escritor. Redactor-jefe de la revista *Mensajero*. Bilbao.

otros seis están amenazados de conocer la misma suerte. Cinco guerras civiles (Liberia, Angola, Mozambique, Etiopía y África del Sur) han llegado —o están llegando— al desenlace final de la negociación. Un nuevo Estado (Namibia) ha alcanzado la independencia y otro (Eritrea) nacerá en breve en el seno de un viejo imperio (Etiopía) (1).

¿A qué se debe esta avalancha de acontecimientos políticos tan importantes? ¿Cómo han podido, primero ponerse en cuestión, y después ser derribados unos sistemas políticos autoritarios que gozaban de una implantación casi general en África? ¿Qué línea política están adoptando los nuevos regímenes?

Vientos del Este... y del Sur

EL desplome de los estados comunistas europeos ha constituido sin lugar a dudas un primer factor importante. Las poblaciones africanas tal vez no conocieron las razones profundas de lo que estaba sucediendo tras «el telón de acero». Pero una cosa vieron muy claramente: si aquellos regímenes, política y económicamente más sólidos, se iban a pique, lo mismo podía suceder a las dictaduras africanas.

En junio de 1990, fue el presidente de Senegal, *Abdu Diuf*, el que se hizo portavoz de este sentimiento generalizado cuando, en la cumbre de jefes de Estado de África y Francia, invitó a sus pares a romper las cadenas del partido único antes de que se vieran forzados a ello por los acontecimientos (2).

Sin embargo, considerar a los acontecimientos del Este europeo como el único motor del actual vendaval político africano sería exagerado. Como veremos, ha habido otras causas locales más profundas que estaban actuando desde tiempo atrás. Empeñarse, pues, en que también esta novedad política procede de Europa sería caer en el viejo reflejo del eurocentrismo.

Los acontecimientos del antiguo bloque comunista han tenido otra influencia, ésta negativa, sobre África y el Tercer Mundo en general: la extrema *marginalización* que están padeciendo éstos últimos, tanto por parte de la opinión pública del hemisferio Norte como por parte de los

(1) Ph. Leymarie: «Les nouvelles couches sociales entrent en scène»: *Le Monde Diplomatique*. Noviembre, 1991.

(2) *Le Monde*, 21 junio, 1990.

líderes del mundo occidental. África ha desaparecido prácticamente de nuestros periódicos. Y la televisión sólo la recuerda con imágenes catastrofistas, que también marginalizan al distorsionar la realidad.

En cuanto al desinterés de los políticos occidentales, lo puso bien de manifiesto el ministro senegalés Seydina Umar Sy, que fue durante mucho tiempo portavoz en Bruselas de los embajadores ACP (países de África, Caribe y Pacífico, miembros de la Convención de Lome): «Es un motivo de inquietud comprobar que la ayuda ofrecida por los Doce a Polonia y Hungría es diez veces superior por habitante a la que se concede a los países ACP, y que los que están dispuestos a prestar un apoyo a los países de Europa del Este son los mismos que se mostraban sumamente reticentes a aumentar la dotación financiera de Lome IV» (3).

Volviendo a las influencias externas, es necesario reconocer que ha habido otras, además de la citada. En primer lugar, y sin salir de África, causó una honda impresión en la opinión política africana el espectáculo de las profundas fisuras que comenzaban a cuartear el férreo sistema del «apartheid» sudafricano. Tampoco hay que olvidar el proceso democratizador que desde varios años están viviendo no pocos países del Tercer Mundo, tanto en América Latina (empezando por Chile y Argentina) como en Asia (Filipinas, Corea del Sur y los dramáticos intentos de la que durante más de dos décadas había constituido un modelo: China).

Crítica del partido único

LA causa principal de los caos a los que estamos asistiendo se encuentra sin duda en las propias contradicciones de los regímenes africanos. Contradicciones que los mismos ciudadanos de estos países se han encargado de poner en evidencia.

La práctica totalidad de los países africanos recibieron, con la independencia, unas constituciones democráticas inspiradas en las de sus metrópolis respectivas. Las primeras dificultades políticas serias (conflictos y abusos de poder, intentos de secesión) provocaron el abandono de dichas constituciones y la adopción progresiva del partido único, casi siempre de la mano de una junta o de un jefe militar. Este cambio se presentó, en un primer momento, como la liquidación definitiva de la herencia colonial.

Desde los primeros años de la década de los sesenta, hubo dos grupos

(3) *Le Monde Diplomatique*. Diciembre, 1989.

de países en África: los más cercanos a la ideología comunista, llamados «progresistas», y los que giraban en la órbita de occidente, conocidos como «moderados». Pero a pesar de las diferencias ideológicas, todos adoptaron un régimen político directamente *inspirado de las «democracias populares»* del Este.

Los nuevos regímenes, en busca de legitimidad, elaboraron argumentos de índole cultural, política y económica. Desde el punto de vista *cultural*, se repitió hasta la saciedad que el africano tiende más a la unanimidad que al debate contradictorio. Este argumento es negado por la oposición política actual. Hoy se asegura, por el contrario, que la mayoría de las sociedades africanas tradicionales eran sociedades deliberativas, en las que todo adulto tenía derecho a la palabra, aunque sólo los cabezas de linaje tenían el poder de decidir. Toda la temática del jefe único sería de origen colonial. Las sociedades antiguas habrían sido pluralistas. Y el adagio según el cual «no puede haber dos cocodrilos machos en la misma charca» sería un ejemplo típico de «tradición inventada» (4).

Otro tipo de argumentos legitimadores se referían al peligro disgregador que representaba para los Estados africanos la multiplicidad de lenguas y de etnias, que inevitablemente asumirían el protagonismo en los regímenes pluralistas. Es el conocido fantasma del «tribalismo», fustigado por el discurso de los regímenes totalitarios. Pero ese discurso no los libró de la lacra que pretendían combatir. El Estado centralizado se convirtió en instrumento del «tribalismo», con lo que se demostraba que la centralización no era precisamente su contrario. Pero, además, los estudios de antropología cultural han puesto de manifiesto que el concepto mismo de tribu es uno de los más oscuros. Lejos de constituir el núcleo mismo de la vida política tradicional, la tribu es algo difícil de identificar en la vida real.

El argumento *económico* parecía también evidente: las necesidades eran tan urgentes y el atraso técnico tan grande, que hacían indispensable un control centralizado de los proyectos. La ideología de la «modernización» y del «dar alcance» a las sociedades del Norte era el presupuesto de toda organización política. Esta ideología justificó muchos sacrificios, sobre todo el sacrificio de la agricultura y de la población campesina en aras de una industrialización que no acaba de realizarse. Así se justificaron

(4) J.-Fr. Bayart: «La problématique de la démocratie en Afrique noire. La Baule, et puis après?»: *Politique Africaine*. Octubre, 1991, p. 5-20.

también los famosos «elefantes blancos» o proyectos faraónicos, propuestos por la tecnología del Norte, que han vaciado las arcas de más de un Estado africano.

Finalmente, el partido único se presentaba, en términos casi hegelianos, como la síntesis o la *superación de los contrarios*. Las diversas tendencias tenían cabida en su seno, sin poner en peligro la unidad del tono. De hecho, el ciudadano de a pie sólo pudo captar de esta gran síntesis los eslóganes forjados por el aparato de propaganda, eslóganes que la radio repetía incansablemente y que se recordaban en todas las manifestaciones de la vida social.

Estos eslóganes, a pesar de su típico simplismo, tuvieron una fuerza formidable para someter las voluntades, cuando no las mentes de los ciudadanos. Todos se sentían obligados a expresarse a través de ese lenguaje prefabricado, si no querían tener problemas, lo cual poco a poco iba desconsiderando a sus propios ojos a quienes entraban en el sistema y los transformaba en personas cínicas y dispuestas a pactar con el poder (5).

El resultado fue la construcción de unos Estados jacobinos a ultranza. Las administraciones locales, privadas de iniciativa, ejecutaban mecánicamente las órdenes del poder central. Y la sociedad civil se veía obligada a aceptar el papel de espectadora pasiva del ejercicio de la autoridad.

Una de las lacras que más claramente han aparecido a los ojos de los ciudadanos ha sido la *patrimonialización* del Estado (6). En todo Estado, lo que está en juego a través de la lucha política es el reparto de «la tarta nacional». La diferencia es que, en los regímenes africanos puestos ahora en la picota, esta competición por los recursos era mucho más inmediata y directa. En expresión de J.-A. Mbembe, el Estado se convirtió en «el espacio alimentario por excelencia» (7). El acceso a los mandos del Estado abría la puerta de los recursos económicos (en la mayoría de estos países, el Estado acaparaba casi todos los recursos).

La gravedad de este sistema no se debe solamente a la corrupción que

(5) J.-Fr. Medard: «Autoritarismes et démocraties en Afrique noire». *Politique Africaine*. Octubre, 1991, p. 92-104.

(6) La patrimonialización se caracteriza por la confusión de las esferas pública y privada.

(7) J.-A. Mbembe: *Les jeunes et l'ordre politique en Afrique noire*, citado por D. Oyono en «Du parti unique au multipartisme: environnement international et processus de démocratisation, en Afrique»: *Afrique 2000*, agosto, 1991, p. 54-53.

favorece (problema común a todos los Estados). El patrimonialismo es, además, fuente de arbitrariedades y de retrasos en la administración; y, en general, distorsiona la relación del ciudadano con el Estado. Muy pronto los ciudadanos fueron conscientes de que este sistema estaba destruyendo sus estructuras de pensamiento, las formas de producción y sus valores tradicionales. Fue como una gran trampa colectiva.

Además, como en otras latitudes, los líderes políticos han empleado los recursos del Estado para ganarse la neutralidad o incluso la adhesión de posibles opositores. «*Boca que come no habla*», reza un proverbio marfilé. En suma, tres decenios de partidos únicos, de regímenes autoritarios, de violencias sociales y políticas y de prohibición de la expresión libre de las ideas tienen mucho que ver con la quiebra económica del continente.

Tal vez no sea excesivamente aventurado conjeturar con J.-F. Médard (8) que el «pecado original» de estos fallos políticos fue *la no-reivindicación de la democracia* en el momento de las independencias. La reivindicación nacionalista acaparó toda la atención. Y se dio por supuesto que la liberación del colonialismo equivalía sin más a la libertad, confundiendo libertad colectiva y libertad individual. Tal vez por ello renunciaron tan rápidamente al multipartidismo y a las libertades individuales. La democracia seguía siendo una asignatura pendiente.

Las potencias occidentales que hoy dan cursillos apresurados de democracia a estas jóvenes repúblicas tampoco tuvieron demasiados inconvenientes en ver desaparecer los regímenes que ellas mismas habían implantado. Razones geopolíticas y de acceso a materias primas estratégicas las llevaron a apoyar a dictadores que repentinamente se han convertido en colegas poco recomendables. Ése ha sido durante décadas el caso de Mobutu, cuya base de Kamina fue activa y discretamente empleada por los americanos durante la guerra de Angola. Otro caso notorio es el del antiguo jefe de Estado del Chad, Hisén Habré, cubierto por la aviación francesa y financiado por la CIA, cuyos numerosos crímenes llegan ahora a la opinión internacional (9), y que no pudieron pasar desapercibidos de sus patrocinadores.

(8) J.-Fr. Médard, artículo citado.

(9) J.-P. Jean: «Des crimes longtemps ignorés au Tchad: *Le Monde Diplomatique*, noviembre, 1991.

Crisis del Estado y de la economía

BAJO la acción conjunta de las causas que se acaban de analizar y de otras de origen exterior (hundimiento de materias primas, deuda exterior, barreras comerciales), los Estados se encuentran *sin medios* para responder a las expectativas de la población. Territorios cada vez más amplios y barrios enteros de ciertas ciudades, faltos de servicios públicos, escapan a su autoridad. Y, lo que es aún más grave si cabe, muchos Estados están desprovistos de los instrumentos de su soberanía, tanto interna como externa. En el interior, son incapaces de alimentar a sus presos y de pagar a sus funcionarios, incluso a sus soldados (los recientes saqueos del Zaire han puesto trágicamente a la luz este problema). De cara al exterior, 24 países se encuentran sometidos a la pesada tutela del Fondo Monetario Internacional (FMI) y sus planes draconianos de ajuste estructural, y por tanto han dejado de controlar su propio presupuesto y su propia moneda (10).

El caso de *Zaire* es sintomático dentro de sus rasgos extremos. En los años 80, fue presentado como ejemplo por el FMI por el vigor con el que aplicó los sucesivos planes de austeridad que le fueron prescritos. Hoy, el país está privado de la cooperación belga (cien millones de dólares anuales) y de la asistencia militar y civil norteamericana, mientras franceses y canadienses declaran solemnemente su retirada hasta que el régimen no se abra a los partidos de oposición, y el FMI le ha puesto en la lista negra por retrasos en el pago de su deuda. Se acabaron los años de enseñanza gratuita: se calcula que hoy, en las regiones del interior, los ciudadanos pagan de su propio bolsillo el 80 por 100 de los gastos de salud y de educación. El Estado sólo alcanza a invertir en sanidad treinta centavos por habitantes y año (11).

En algunos países, como *Liberia* y *Somalia*, el Estado ha dejado prácticamente de existir, si por Estado se entiende algo más que unas fronteras y unos grupos de soldados descontrolados.

Los regímenes autoritarios africanos cargan con la acusación (primero de los medios internacionales y últimamente también de sus respectivas opiniones públicas) de ser los culpables del actual fracaso económico. A

(10) Chr. De Brie: «Champ libre au modèle libéral et démocratique»: *Le Monde Diplomatique*, noviembre, 1991.

(11) C. Braeckman: «Politique de la terre brûlée au Zaire»: *Le Monde Diplomatique*, noviembre, 1991.

esta acusación, los gobiernos responden que han sido víctimas de la *coyuntura internacional*: el doble choque petrolero, el hundimiento de los precios de las materias primas (12) y las fluctuaciones del dólar. El Banco Mundial y el FMI sostienen, por el contrario, que los problemas económicos africanos tienen *raíces más profundas*. Según estas instituciones, las economías africanas no responden a los criterios de uniformización de las normas y de los objetivos del mercado mundial, no tienen en cuenta las leyes del mercado, particularmente la exigencia de competitividad. El mercado no es más que el punto de encuentro de una oferta y una demanda solvente, y no tiene en cuenta las frustraciones colectivas. Y para ponerse a la altura de ese mercado mundial, son indispensables los «programas de ajuste estructural», aunque provoquen carencias a nivel social.

El actual proceso de democratización

A estos estados sin autoridad política ni poder económico se les quiere «ayudar» a democratizarse. *Las dos últimas cumbres de la francofonía* (la del año pasado y la de este año) no constituyen el primer intento en este sentido por parte de las antiguas metrópolis. Al llegar los socialistas al poder en Francia, quisieron dar un nuevo cariz a su cooperación en África, más en consonancia con el proyecto socialista y con las críticas que dirigieron al Gobierno anterior. Pero, por una parte, el ministro Jean-Pierre Cot (1981-1982) cometió una serie de errores que desacreditaron a la diplomacia francesa. Y, por otra parte, las exigencias de una política «realista» hicieron que, finalmente, la cooperación socialista no se diferenciara tanto de la giscardiana. Sin embargo, en 1990 Francia se encontró presionada por los acontecimientos (a nivel mundial y a nivel africano). Finalmente, en la cumbre francófona de La Baule (1990), se adoptó una política de discriminación en la ayuda, según el compromiso democrático de cada Estado. El principio de la *ayuda condicionada* es proclamado ahora por las potencias occidentales e incluso parece aceptado por los sectores africanos democráticos. En sea misma cumbre, el presidente Mitterrand declaró que «Francia vinculará todo su esfuerzo de contribución a los esfuerzos realizados (por los países del

(12) Los términos del cambio en el comercio internacional sufrieron un deterioro del 12 por 100 anual entre 1978 y 1982. Ver P. Arnaud, *La dette du tiers monde*, La Découverte, París, 1988, p. 69.

Tercer Mundo) para alcanzar mayores cotas de libertad» (13). El presidente senegalés, Abdu Diuf, sugería, por su parte, que habría que dar «cierta prima a los países que se comprometan en el pluralismo político» (14). Comentaristas políticos estiman que esta «*paristroika*», como se denomina a la nueva política de cooperación definida el año pasado en la cumbre de París, ha comenzado ya a dar sus frutos con la puesta en marcha de los procesos democráticos de Gabón, Congo, Costa de Marfil y otros países.

La *Declaración de Chaillot*, firmada por 47 delegaciones del mundo francófono, con la que concluyó la cumbre de este año (19 al 21 de noviembre), proclama solemnemente que «no hay desarrollo sin libertad ni libertad sin desarrollo». Antes, el primer ministro canadiense, Brian Mulroney, había advertido que «los que no estén en la ola de la democratización corren el riesgo de perderlo todo» (15). Oficialmente y en público la ayuda condicionada, tantas veces denunciada en el pasado por los países en vías de desarrollo, es aceptada, aunque los dirigentes africanos de la vieja escuela se quejan de la creciente *injerencia* a la que se les somete.

Sin embargo, sería erróneo pensar que el actual movimiento democratizador africano tiene sus raíces en Europa o en América del Norte. No puede olvidarse, en primer lugar, que durante estas tres décadas que nos separan de las independencias africanas, cuatro países, Senegal,ambia, Botswana y la isla Mauricio, cuatro fieles a la democracia pluralista. Y dentro del grupo de las repúblicas que han iniciado la vuelta a la democracia, el primero, Benin, se adelantó en más de un año a los nuevos vientos de la «*paristroika*».

A Benin le cabe el honor de haber introducido en el continente una fórmula de cambio político que ya ha sido empleada por varios países (con éxito dispar) y que sigue siendo reivindicada en otros: la «*Conferencia Nacional*». Se trata de una institución que se inspira, a la vez, en el debate («palabre») a la manera tradicional africana y en los Estados Generales de la Revolución Francesa. Es una especie de Asamblea Constituyente, en la que participan todos los estamentos representativos de la sociedad civil (universidades, iglesias, etc.) y no sólo los profesionales de la política. Su autoridad se sitúa por encima del Gobierno y del parlamento. Y de ella

(13) *Le Monde*, 21 de junio 1990.

(14) *Ibid.*

(15) *El País*, 22 de noviembre de 1991.

sale en general, un Gobierno provisional que asegura el paso de la dictadura a las primeras elecciones pluralistas.

En *Gabón*, la Conferencia Nacional, presidida por el obispo católico Basile Mve, se reunió del 27 de marzo al 19 de abril de 1990 (antes también de que tuviera lugar la cumbre parisina). Y decidió el paso inmediato al multipartidismo, el respeto del mandato presidencial y la celebración de elecciones legislativas para el mes de octubre siguiente.

En *Costa de Marfil*, «el viejo» presidente Houphouët-Boigny tomó personalmente la decisión de pasar al sistema multipartidista, para dar respuesta a la ola de agitación social y de protestas políticas internas y a las presiones democratizadoras de las instituciones financieras internacionales. E inmediatamente después convocó elecciones presidenciales (octubre del 90), legislativas (noviembre) y municipales (diciembre del mismo año). El antiguo partido único aprovechó esta ocasión para renovarse, mientras la oposición, que contaba con menos medios y experiencia, se presentó separada. El resultado fue una victoria tan inesperada como aplastante del antiguo partido único. Los comentaristas políticos han avanzado diversas hipótesis explicativas de este comportamiento electoral. Algunas apuntan hacia cierto irenismo político del pueblo marfileño (16).

En el *Congo*, la Conferencia Nacional, presidida por el obispo jesuita Ignace Kombo, constituyó un éxito y está sirviendo de punto de referencia a otros países. El antiguo presidente sigue en el poder, aunque con atribuciones disminuidas, mientras que monseñor Kombo ha recibido el encargo de asegurar la transición hasta las próximas elecciones.

Un acontecimiento político de primera magnitud fue el protagonizado por los dos pequeños Estados insulares de *Cabo Verde* y *São Tomé e Príncipe*: fue el primer caso en África negra (los dos lo hicieron prácticamente «ex-aequo», el 13 y el 20 de enero 1991 respectivamente) de alternancia en el poder por la vía de las urnas. La opinión internacional apenas tuvo conocimiento de ello, pues sucedió en plena crisis del Golfo.

En *Zambia*, acaban de celebrarse elecciones en octubre de 1991. En ellas ha vuelto a darse otro caso de alternancia política democrática: el histórico Kaunda ha cedido el mando a un joven sindicalista. Sindicalistas, abogados, obispos (también en Togo y en Zaire, el presidente de la

(16) Y.-A. Faure: «L'économie politique d'une démocratisation. Éléments d'analyse à propos de l'expérience récente de la Côte-d'Ivoire», *Politique Africaine*, octubre, 1991, p. 31-49.

Conferencia Nacional es un obispo): la escena política africana se está enriqueciendo con nuevos actores. Sería de desear la confirmación de esta tendencia, porque en general la vieja clase política está desacreditada.

Kenya es un hervidero incesante. En *Zimbabwe* se percibe una corriente hostil al partido único, a pesar de la reciente victoria electoral de éste. Nyerere piensa, como la mayoría de los *tanzanos*, que el multipartidismo es ya inevitable en su país (17).

Finalmente, a causa de los lazos que nos unen a nuestra antigua colonia, es preciso recordar la situación de *Guinea Ecuatorial*. Después de haber vivido con Macías Nguema un período funesto de auténtica implosión del Estado, no acaba de ponerse en marcha hacia un Estado de derecho y de libertad. T. Obiang Nguema, sobrino de Macías, organizó a mediados de noviembre de 1991 un referéndum con fines meramente «cosméticos». La visita inmediatamente posterior de Felipe González no parece haber producido otro fruto que unas ambiguas promesas de multipartidismo (18).

Los partidos únicos, allá donde todavía se resisten, dan la impresión de una lamentable falta de recursos: no tienen nada nuevo que decir ni esperanza que aportar. Los líderes carismáticos han dejado de ser la encarnación de la nación. La prensa libre, aunque con pocos medios, conoce una proliferación sin precedentes (19), y una libertad que se emplea sin miramientos, incluso contra el venerado Nyerere (20).

En resumen, de manera parecida a lo sucedido en las «democracias populares» del Este de Europa, puede decirse que la ruptura democrática negroafricana ha nacido de la conjunción de tres factores: la quiebra económica de los regímenes, el abandono por parte de las potencias que lideraban a los bloques comunista y capitalista y la movilización popular.

El peligro de una democracia sin contenido

¿LOS nuevos políticos serán capaces de responder a las aspiraciones democráticas del pueblo? Las nuevas de-

(17) D.-C. Martin: «Le multipartisme, pour quoi faire? Les limites du débat politique: Kenya, Ouganda, Tanzanie, Zimbabwe», *Politique Africaine*, octubre, 1991, p. 21-30.

(18) *El País*, 11, 22 y 25 de noviembre 1991.

(19) Fr. Kpatinde: *Presse africaine, profusion ou confusion?*, *Défis Sud*, octubre, 1991.

(20) D.-C. Martin, artículo citado.

mocracias se harán cargo de unos Estados casi desmantelados. ¿Cómo puede alcanzarse un estado de derecho, cuando, por ejemplo, el aparato judicial sufre una *carencia dramática de medios*? En Cotonu, capital de Benin, la primera república democrática de la nueva era, cada juez de instrucción tiene que ocuparse, como media, de 400 sumarios al año a cambio de un jornal que no alcanza las veinte mil pesetas mensuales (21).

A las dificultades materiales de la empresa, se añade el hecho de que ni las nuevas formaciones políticas africanas ni las instituciones internacionales han presentado hasta la fecha programas concretos de acción social que den un contenido a las corrientes liberadoras.

La desaparición de las ideologías políticas (sobre todo el marxismo) ha dejado en blanco las páginas de los programas políticos. La visión política de la mayor parte de las formaciones se reduce a algunos preceptos morales: diálogo, transparencia, honradez (22). Este es el caso, en particular, de Gabón, donde los nuevos partidos insisten en la exigencia de moralizar la vida tanto a nivel individual como colectivo, mientras los problemas sociales quedan olvidados (23).

En ciertos países del Este africano (como Kenya, Zimbabwe, Tanzania), el pluralismo, los derechos humanos y la libertad (sobre todo la libertad de expresión) acaparan el debate político, con el agravante de que a veces las soluciones propuestas se parecen más a las tradiciones de Westminster que a las realidades concretas de los países en cuestión (24). «Lo que llama la atención en Tanzania, en Zimbabwe y, de manera diferente, en Kenya y Uganda, es la *falta de dimensión programática* en el debate político. Los abogados del multipartidismo defienden una posición de principio —digna de todo respeto, volvemos a repetirlo. Los portavoces de las oposiciones atacan a los que ocupan el poder, critican el autoritarismo, la corrupción, el clientelismo, la incapacidad de la que hacen prueba. Pero de sus intervenciones se hace difícil destacar elementos para una política de recambio» (25).

Algo parecido ha sucedido en Cabo Verde y en São Tomé e Príncipe, donde la línea de demarcación entre el antiguo partido único y el nuevo

(21) *Le Monde Diplomatique*, noviembre, 1991.

(22) Ph. Leymarie: «Les nouvelles couches sociales entrent en scène», *Le Monde Diplomatique*.

(23) F. Gaulme: «Le Gabon à la recherche d'un nouvel ethos politique et social», *Politique Africaine*, octubre, 1991, p. 50-62.

(24) D.-C. Martin, artículo citado.

(25) *Ibid.*

partido vencedor de las elecciones no ha sido un proyecto de transformación social, sino la democracia liberal (26).

Es, sin duda, una grave carencia. Pero lo más grave es que esa carencia tal vez sea *inevitable*. ¿Qué margen de maniobra queda aún a la mayor parte de los países africanos? La única disyuntiva que se les ofrece es seguir pagando su deuda (27), y empobreciéndose en la misma medida, o dejar de pagarla y quedar aún más aislados.

Por otra parte, el contexto político que se ha universalizado desde la caída del muro de Berlín es el del nuevo orden internacional que preconiza Bush, en el que democracia se confunde con liberalismo y desarrollo con capitalismo. Para el director general del FMI la democracia avanza al mismo ritmo que la economía de mercado: «Existe un paralelismo llamativo entre el paso a la economía de mercado y los progresos de la democracia en numerosos países de África, como de Europa del Este, de América Latina y de Asia» (28) (el señor Camdessus olvida que Pinochet —y otros dictadores— practicaron una economía de mercado). El discurso político internacional se inspira en el más genuino *liberalismo*, según el cual la misión del Estado consiste únicamente en garantizar a todos el libre ejercicio de sus derechos y libertades, lo cual permite a cada uno dirigir su vida y sus negocios como mejor lo entienda, para el logro de su felicidad.

La dificultad de este programa liberal es que resulta de hecho *inaplicable* para la inmensa mayoría de los hombres y de los pueblos. ¿Quién sabría decir cuál es el buen negocio que hoy pueden hacer los países africanos en el mercado mundial? ¿La privación de hecho de la educación y de los cuidados sanitarios no constituye de por sí un atentado directo a la libertad? Existe el peligro de que la recién conquistada democracia no sirva más que para que las masas de desheredados aprueben por sufragio universal la creciente depauperación que padecen. Algo parecido a lo que está pasando en Perú.

(26) M. Cahen: «Vent des îles. La victoire de l'opposition aux îles du Cap-Vert et à São Tomé e Príncipe»: *Politique Africaine*, octubre, 1991, p. 63-78.

(27) La deuda externa de África negra supera los 160.000 millones de dólares, lo que representa el 111,9 por 100 de su producto nacional bruto y el 351,9 por 100 de sus exportaciones.

(28) Discurso de Michel Camdessus en Kampala, el 15 de agosto de 1991, en *Le Monde Diplomatique*, noviembre, 1991, p. 22.

Conclusiones

LAS consideraciones anteriores se sitúan ya en el terreno de las conclusiones. Probablemente es demasiado pronto para una conclusión unívoca y para un diagnóstico claro. Pero pueden destacarse algunas conclusiones parciales. La situación al final de la década de los ochenta era de una cierta desaparición del Estado, más o menos grave según los casos. La reconstrucción del Estado es, pues, una necesidad urgente, e inevitablemente se hará según una orientación *diferente* de la que acaba de fracasar. En el pasado se ha dicho y repetido, desde la derecha como desde la izquierda y tanto en África como en Europa, que la democracia es un lujo para África. Este postulado no parece ser hoy tan evidente.

Puede darse por seguro que las democracias africanas no serán idénticas a las europeas. Las culturas son, en cada caso, diferentes y los medios económicos muy desiguales. Los países africanos están poniendo en práctica unos métodos democratizadores que revelan una real *originalidad*. Aunque los resultados distan de ser perfectos (la democracia seguirá siendo siempre una utopía, en el mejor de los sentidos).

En este camino hacia la democracia, los países africanos deberán superar unos *obstáculos específicos*. La sacralización de la autoridad y el principio de «senioridad» paralizan la vida política y engendran desigualdades sociales. Los nuevos líderes han puesto en cuestión este fallo. Pero ellos mismos deberán ser consecuentes cuando a su vez ejerzan el poder.

Un segundo obstáculo para la construcción de un Estado de Derecho proviene de la «civilización oral» todavía vigente en el África negra. Los juristas zaireños no habrán olvidado el pánico suscitado por Mobutu cuando declaró, en un momento particularmente álgido de su dictadura, que la palabra del presidente tenía fuerza de ley. Sin duda, un caso extremo. De todas maneras, la ley escrita no ha adquirido aún su peso indispensable para la paz social (29).

En tercer lugar, ahora que las distintas oposiciones insisten en la urgencia de moralizar la vida social, es tal vez el momento de dar el salto de una moral confinada en los límites del linaje a otra moral que alcance la solidaridad pública y el respeto de todo hombre. Pero ya desde ahora, los

(29) J.-F. Bayart, artículo citado.

partidos políticos están contribuyendo a que el Estado, la sociedad civil y el interés público dejen de confundirse con una persona y con una ideología determinadas.

Tampoco puede negarse que se están abandonando unas formas de gobierno autoritarias y excesivamente ideologizadas. La ideologización se debió, en buena parte, al mundo bipolar en que se desarrollaron los Estados. Felizmente, ese mundo bipolar ha desaparecido. Hoy, el gran reto para los pueblos de Africa es su población menor de veinte años, que suma más de la mitad de la población total. Frente a este reto, las ideologías del pasado, llámense «socialismo científico» o «recurso a la autenticidad», deben quedar en un segundo plano.